

¡ Investigación!

("El Día Gráfico", Barcelona, 3 diciembre 1914).  
1914

Desde hace ya algún tiempo, desde que nos proponíamos europeizarnos a toda costa, empezaron a ponerse de moda entre nosotros los trabajos de investigación. Esto de la investigación llena mucho la boca. ¿Y qué es ello?

Investigar o «vestigar» parece ser el buscar por los vestigios o huellas el camino que ha seguido alguna presa, aunque de ordinario se reduzca a buscar esos mismos vestigios y nada más. Hay quien sostiene que la ciencia es el método o el camino y que lo que importa es el procedimiento.

Sin duda alguna la palabra rebusca sería mucho más sencilla y más apropiada que la de investigación, pero no suena tanto. Responde a la francesa «recherche» y a la italiana «ricerca». Malebranche llamó a su genial libro «De la recherche de la vérité», o en latín «De inquirenda veritate». Los ingleses emplean la misma palabra francesa en la forma de «research». Pero nuestro actual vocablo investigación, responde más bien en cuanto al sentido y concepto, al alemán «untersuchung». ¡Oh la investigación a la alemana! Ello es algo estadístico.

Literatura española: curso de investigación! Así se llama una de las nuevas asignaturas de la Facultad de Letras. Y con la denominación no ha variado nada la cosa.

Es indecible la cantidad de insoportable pedantería que bajo ese dictado de investigación se encubre entre nosotros.

Desde hace algún tiempo es frecuente que se devuelvan tesis de doctorado a los aspirantes a obtener el título de doctor en una Facultad cualquiera bajo el pretexto de que sus trabajos no son de investigación. Unos señores que jamás han rebuscado nada en serio y que si han rebuscado nada han hallado, ni huellas o vestigios siquiera, rechazan sistemáticamente todo lo que signifique libre interpretación de datos ya conocidos, nuevas hipótesis, sugerencias teóricas, juicios, meditaciones, genialidad acaso. Parten del supuesto de que un joven de veinte o pocos más años no es capaz de tener una visión propia y ni siquiera se toman la molestia de examinar lo que se les presenta en tal sentido. Y si lo examinan es igual, porque son, por lo común, incapaces de apreciar esa genialidad.

La mezquindad de semejante criterio elevado a norma de juicio, salta a la vista. Es la



UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GEDOS.USAL.ES

perseverancia sistemática del verdadero, del genuino espíritu científico, es la guerra a las facultades creadoras. El viejo trapero no puede admitir que un joven sea capaz de hacer una tela nueva con el hilo que recoge.

Y así los pobres muchachos tienen que encerrarse en un laboratorio a volver a hacer lo que ya otros hicieron, añadiendo alguna minucia sin valor alguno, o en un archivo para sacar una noticia cualquiera sin verdadero valor.

Un erudito chileno, infatigable trabajador y excelente sujeto, se fué muy satisfecho de un viaje de investigación que hizo hace poco por nuestra patria porque de unos papeles que examinó referentes a Don Alonso de Ercilla, el autor de «La Araucana», dedujo que ese soldado-poeta—ó por lo menos cronista en rima—había padecido avariosis. El dato, como se vé, es preciosísimo y de un gran valor. Pero

es de un gran valor para el hombre ingenioso y paradójico que se ponga a hacer juegos malabares de ideas devanando, imaginativamente, la influencia que la avariosis de Ercilla pudo tener en la naturaleza de su estilo literario.

A mí no me cabe duda de que la enfermedad dominante en un individuo influye en sus sentimientos, en su ideación, en su imaginación, en su expresión, y, por lo tanto, en su estilo, y que en literatura hay un estilo alcohólico—nada chispeante, sino al contrario, monótono, pesado y machacón—otro artrítico, otro avariósico, otro tuberculoso, otro hepático, etc. Y como en cada país el cuadro general de las enfermedades dominantes se modifica en favor de una o de otra, las diferencias en el estilo de un país a otro acaso se expliquen por la enfermedad que resulta relativamente dominante en él. Quiero decir que si tomadas diez enfermedades, v. gr., en todo Europa una de ellas, a, figura en un 5 por ciento entre las diez, por término medio, y en un país dado se altera esta proporción al 8, o al 7 o siquiera al 6 por ciento, esa enfermedad puede imprimir un carácter.

Y hé aquí por dónde he dado, sin pretenderlo, indicación de una tesis de doctorado. Pero que a ningún aspirante a doctor se le ocurra echar mano de esta indicación, porque ello no es investigación. Y si pretendía tratar esa tesis investigativa o estadísticamente, fracasaría; estoy seguro de ello.



Muchas veces se ha hecho notar lo débiles que son las supuestas investigaciones con que Lombroso trató de justificar sus tesis apriorísticas y de pura imaginación. Lo del criminal nato es una fantasía tan fantástica como todo lo que en derredor al hombre de genio escribió aquel atolondrado. Y, sin embargo, qué huella tan honda ha dejado ese hombre! Mucho más honda que la de cien honrados y limitados y mezquinos investigadores de esos que buscan los examinadores de las tesis de doctorado. Aunque no quede en pie ni una sola de las afirmaciones dogmáticas de Lombroso—y no quedarán muchas— queda su obra. Fué un gran removedor.

Bien sé el peligro que entraña, y más en nuestra patria, abrir la mano a los trabajos de libre interpretación y el cuidado grande con que hay que andarse aquí con eso de la genialidad. Porque aquí se llama así a algo que es muy otra cosa y son pocas las personas que no tratan de engañar sino que dan la fantasía como fantasía. Pero tampoco esta sistemática persecución a las más nobles y más fecundas facultades del espíritu.

¿Qué resultado da eso? Pues da como resultado el que si llegáis a una capital de provincia, podéis asegurar, por regla general y salvo muy pocas excepciones, que la persona menos calificada en ella para ejercer la alta crítica literaria, la crítica estética, es el catedrático de preceptiva literaria—en mi tiempo de estudiante se decía retórica y poética—de su Instituto general y técnico. Y así en lo demás. Tal vez sea un investigador y logre hallar la partida de bautismo o las cuentas de la lavandera de un autor de madrigales

del siglo XVIII y natural de aquella provincia, pero lo que es otra cosa...! La investigación, que es lo serio, lo impide.

Y vé ahí porque estoy tan interesado en la actual guerra europea. Se me ha metido en la cabeza—no sabría decir bien por qué—que de esta sacudida va a resultar una nueva oscilación en el péndulo de la cultura, que se va a reaccionar contra el absorbente tecnicismo del final del siglo XIX, y que como a la epopeya napoleónica va a seguir a esta epopeya sin héroe protagonista un nuevo período romántico. Y falta hace que descansemos un poco de las investigaciones y nos pongamos a soñar, acaso a delirar. Si es que la investigación no es otro delirio sin fiebre y peor que el otro.

Miguel de Unamuno.

¡Investigación!



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA